

bertador! Con los siglos crecerá vuestra gloria, como crece la sombra cuando el sol declina". (1)

Medellín, agosto 7 de 1925.

Bernardo Mejía Escobar,
Diácono.

SEMBLANZAS HEROICAS



“Diga Ud. a su general, que yo no abandonaré este obscuro rincón mientras mi Patria sea esclava; que aquí seguiré hasta que los míos vengan a sacarme anunciándome que somos libres”!.....

Doña Josefa Palacio.

La misma sangre vigorosa y altiva que corría por las arterias del más pujante de los ejemplares guerreros que han visto y verán los siglos en América Latina, cuyo solo nombre, Bolívar, al evocarse, inspira la sensación de lo grandioso y lo admirable, alentaba una existencia femenil, un cuerpo endeble y enfermo, que en un rincón de Caracas yacía, relegado en el infortunio, por el rigorismo y desenfreno españoles, en la época sangrienta de independencia.

Noble señora, de recio espíritu, desvinculada casi de quienes formaban el único afecto de su corazón, después del amor entrañable y sagrado que tributaba a su Patria, oprimida y pisoteada por quienes ansiaban usufructuar más y más el territorio en que se mecía su cuna,

(1) En un Salón interior del riquísimo Museo Bolivariano de Lima, está en una placa de mármol blanco, como de dos metros, enmarcada en plata, la famosa arenga del Padre Choquehuenca, íntegra, escrita en letras grandes de oro macizo, así como ella lo merecía. “Parece por su opulencia—afirma el Dr. José Manuel Saavedra Galindo—el presente de algún monarca arcaico a su Libertador”. *Crónicas de Lima*, página 15. *Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario*, N° 193, página 156.

en que la Divinidad había sido pródiga en belleza, en riquezas, en extensión y feracidad, y en que, podría decirse, habíase complacido su munificencia y bondad, no podía tolerar ni aceptar de buen grado que de los mismos opresores de su país llegara para sí un favor personal, una dádiva generosa, así fuera su propia libertad, con que querían obsequiar a su egregio sobrino, quien la había solicitado a su terrible contrincante, Morillo, como favor muy especial y encomendado.

*
* *

Doña Josefa Palacio era su nombre, viuda del glorioso General José Félix Ribas. Cruelísima enfermedad—la hidropesía—minaba su organismo desde hacía mucho tiempo. Desde el infausto año de 1814, esta noble dama, por terror a los españoles, se había encerrado en un cuarto, sin ver a nadie, no admitiendo más compañía que la de sus criadas y sin admitir más visita que la de su médico.

Copiosas lágrimas, de continuo humedecían su rostro macilento porque en su viudez y en su infortunio y en su destierro cruelísimo, eran ellas el único riego que tenía para sus amargas penas.

Bolívar no ignoraba la tribulación y abatimiento de su anciana tía, lo que le llenaba de pesar, y ansiaba el momento propicio para libertarla de tan cruel cautiverio, que alcanzaba ya a siete años.

Bien sabida es la fiera y saña que los españoles se gastaban para los americanos, siendo su intento irrevocable, su mayor anhelo, extinguir esa raza rebelde y someterla, triturarla y de un modo u otro acabar hasta con su nombre maldito. Pero esa raza altiva y fuerte había culminado, había dado sus opimos frutos y los había concentrado en el “Simón Macabeo de la América” que contrarrestaba a tan descabellados intentos y pagaba con creces fiera con fiera, hidalguía con hidalguía, dando al traste por fin con las locuras suscitadas por la fatuidad y las pasiones de los agentes peninsulares, “porque el soldado orgulloso que prometía destruir a los **rebeldes desde** Méjico hasta Buenos Aires, vió su altivez rendida y su reputación descalabrada; mientras que Bo-

lívar, dando vuelo a su alma sin rival, nacida para la libertad, llevó sus armas en triunfos pomposos hasta donde Pizarro hizo tremolar los pendones soberbios de Castilla”.

*
* *

Los dos representantes de las fuerzas batalladoras, republicanas y españolas, Bolívar y Morillo, habían pactado una cesación transitoria de hostilidades, armisticio que habría de durar seis meses, el que fué firmado el 26 de noviembre de 1820 a las diez de la noche y ratificado el 27. “Día de bendición, en que terminó, gracias al Cielo, aquella guerra de exterminio que iniciaron los españoles para castigar a los americanos, y que retaliada por nuestros Jefes, como de justicia, inundó la tierra de sangre!.....¿Finalizaron así las desgracias de nuestro asolado país.....? ¿Dónde estaban sus riquezas, dónde sus moradores? ¡Ah! casi todos habían desaparecido.....Moxó, Pardo, Enrile, Morillo.....la codicia ingeniosa en inquirir alhajas y dinero, nos habían empobrecido; la crueldad, la guerra, el odio, nos habían diezclado!.....”

Morillo quiso ver a Bolívar frente a frente porque el negocio se había efectuado por mediación de emisarios. Sació su antojo y a fe que no hubo de pesarle porque, contra su pensar, quedó maravillado del Grande Hombre con quien se dió el más estrecho abrazo en el pueblo de Santana.

Comieron juntos; abundaron las protestas de amistad, de buenas intenciones y cordial y calurosamente brindaron por el bienestar de los países representados.

Bolívar no olvidaba a su tía y pidió a Morillo en tan solemnes horas que al llegar a Caracas, persuadiera a la noble anciana de dejar la incómoda situación que soportaba.

Morillo generosamente lo cumplió así, pero al enviar el mensaje, la anciana, con altivez y entereza contestó: “Diga Ud. a su general, que yo no abandonaré este obscuro rincón mientras mi Patria sea esclava; que aquí seguiré hasta que los míos vengan a sacarme anunciándome que somos libres!”.....

*
* * *

¡Patria feliz que así te amaban tus hijos de otro tiempo; cuando el sexo bello guardaba tu nombre como un talismán, sobre los perfumados altares de su corazón y cuando la sangre y la vida eran poco para ellas ofrendarlas, en tu honor, a los tiranos que querían hacer de Tí el saco de sus ambiciones y desvíos!

Bernardo Puerta G.

